

El origen de la identidad salvadoreña. Etnicidad en la antigua Villa de San Salvador

Roberto Gallardo

Definiciones de identidad y etnicidad

Para desarrollar este ensayo es necesario exponer algunas definiciones de identidad étnica y social: según Schortman (1989:54) y Rapoport (1976:19), la identidad social consiste en categorías definidas y aceptadas culturalmente, que guían comportamientos interpersonales y se simbolizan por características distintivas. Estas categorías pueden ser definidas por una amplia variedad de criterios como edad, sexo y riqueza, entre otros. Siguiendo la definición de Barth (1969), un grupo étnico puede ser definido como un grupo adscriptivo y exclusivo:

Una adscripción categórica es una adscripción étnica cuando clasifica una persona en términos de su identidad básica más general, presumiblemente determinada por su origen y procedencia, hasta el punto que los actores usan identidades étnicas para categorizarse ellos mismos y a otros con el propósito de interactuar, formando grupos étnicos en este sentido organizacional. (Mc Guire 1981:160).

En antropología muchas veces es difícil separar etnicidad e identidad en términos metafísicos y físicos, ya que desde una perspectiva metafísica la identidad se considera como el principio más alto del pensamiento y significa “pertenecer unido simbólicamente” (Heidegger, 1969). A través de la historia del pensamiento occidental la identidad aparece como unidad, y su línea de pensamiento no puede ser separada de un acercamiento antropológico si consideramos la presunción de Heidegger (1969), quien afirma que la identidad le pertenece a todo ser, por lo tanto, en humanos la cultura material puede reflejar el sentido de unidad grupal. Esto coincide con la definición de Schortman (1989) y Barth (1969) quienes definen la identidad étnica como: “Las categorías conceptuales autoadscritas que unen a grupos, más allá del círculo

doméstico inmediato, incluyendo personas que poseen un sentimiento de solidaridad fundado en patrones de comportamiento compartidos motivados por presunciones similares, valores y estándares de evaluación que en sí mismos perciben como reflejo una historia común del grupo” (Schortman, 1989:54; Barth, 1969:10)

En las definiciones anteriores, el origen y la historia común son elementos aglutinantes que unen a un grupo con el objetivo de crear relaciones inter e intrasociales “efectivas” con otros grupos. Uno de los resultados físicos de este fenómeno social es la cultura material por la que los arqueólogos ven etnicidad al identificar las categorías comunes que hacen a los grupos humanos pertenecer unidos. Burmeister (2000) confirma: “La cultura material se entiende ampliamente como una característica de un grupo social, generalmente concebida como etnos”. Alguna de esta cultura material se produce en relación con un conjunto de esquemas simbólicos y en relación con principios de significado simbólico que son construidos en formas particulares como parte de estrategias sociales (Hodder, 1982:186).

Contacto, aculturación y conflicto

El contacto entre españoles y nativos creó un proceso transcultural de dos vías en el que los españoles influenciaron a los nativos y viceversa. Pocos investigadores han enfocado las asimilaciones y adaptaciones culturales sufridas por los españoles por la influencia nativa. Menos información se tiene de cómo la presencia de nativos y otros grupos étnicos generaron en los colonizadores europeos la necesidad de expresar su identidad a través de medios efectivos posibles.

Considerando que el arribo de los grupos ibéricos al Nuevo Mundo fue una inmigración, la etnicidad adquiere un papel importante en la relación entre nativos e inmigrantes, como un proceso social que definió fronteras sociales (Barth, 1969); y es generalmente el resultado de conflicto social entre grupos con diferentes orígenes (Burmeister, 2000; Lema, 1993). La creación de fronteras sociales y la presencia de conflicto es un ejemplo extremo de conquistadores y subordinados que habría creado en los europeos la necesidad de unirse y diferenciarse lo más posible de los nativos. McGuire (1981:171) nos dice: “Si la disparidad de poder entre dos grupos étnicos es grande, es de esperar mantener fronteras fuertes”. El mismo autor refuerza este fenómeno

al decir que al determinar cambios en el mantenimiento de fronteras étnicas, la disparidad de poder tiene más peso que el etnocentrismo y la competencia (McGuire, 1981:159). Esta afirmación concuerda con la existencia de conflictos sociales en países donde no hay grandes diferencias étnicas, pero sí diferencias de poder económico. La disparidad de poder fue una característica fuerte en el urbanismo colonial español como parte de una estructura deseada.

Aunque el proceso de aculturación entre nativos y europeos no fue igual, los españoles también fueron afectados por las transformaciones culturales y experimentaron modificaciones sociales significativas (Ewen, 1991). A pesar de esto, en algunos de los primeros asentamientos hispanoamericanos ciertas circunstancias presionaron a los españoles y generaron la necesidad de reforzar su identidad social, incluyendo presencia y *estatus* para crear fronteras étnicas con el resto de la población. Este fenómeno fue especialmente marcado, ya que la resistencia a las transformaciones culturales y modificaciones sociales evitaría asimilación que debilitaría las diferencias étnicas (McGuire, 1982:163). Las diferencias étnicas habrían sido reforzadas por el etnocentrismo español que generó competencia entre los grupos culturales (McGuire, 1982:176; Noel, 1968:158; Barth y Noel, 1972:344). El logro español en mantener fuertes fronteras étnicas no siempre fue una realidad, y la aculturación fue un fenómeno complejo que variaba considerablemente entre un área geográfica y otra. La posibilidad de demostrar identidad a través de la cultura material también variaba, y muchas veces era limitada.

La migración española al Nuevo Mundo fue el resultado de una expansión imperial que resultó en el contacto entre europeos y nativos americanos. Estos inmigrantes poblaron grandes áreas de las tierras recién descubiertas y el contacto prolongado entre conquistadores y conquistados, así como sus consecuencias, han sido estudiados por diferentes investigadores que han aplicado una variedad de perspectivas para explicar este fenómeno. Durante las etapas iniciales en el entendimiento del colonialismo se creía que solamente los nativos habían sido aculturizados al aceptar los logros “superiores” de los extranjeros, y la asimilación fue inevitable. Esta teoría de aculturación presentaba una visión unilateral y no consideraba influencias recíprocas ni la respuesta de los colonialistas a la vida de los nativos, lo que dividía la cultura de los extranjeros y nativos en esferas impermeables (Lyons y Papadoupoulos, 2002:7). Al inicio del siglo XX los arqueólogos históricos crearon el concepto de la “olla mezcladora”, que ha sido aceptado por sociólogos e historiadores

de esta época. Desgraciadamente, este concepto no explica, o siquiera describe detalladamente, las interacciones entre diferentes grupos sociales en la América colonial (Deagan, 1983).

Después de estudiar la colonización de la Nueva España, el antropólogo George Foster (1960) sugirió un modelo de contacto y adaptación de culturas que involucraron “conquista” y “contacto” (en este caso los españoles) y “conquistados” o “grupo receptivo” (los nativos). La cultura donante se clasifica como de “conquista” cuando ejercita el poder sobre el grupo receptivo, y se llama de “contacto” cuando la influencia en los nativos fue menos forzada o imperativa. La cultura de conquista usa su control para influenciar el grupo conquistado, mientras el grupo de contacto toma su lugar sin sanciones militares o políticas (Foster, 1960:11). La transmisión del donante al receptor involucra un proceso de doble filtro. El primer filtro determina los aspectos de la cultura donante que se pasarán a la cultura receptiva. El segundo involucra las características que serán aceptadas o forzadas a la cultura receptiva. Ningún sistema cultural termina este proceso sin ser filtrado (Foster, 196:10). Según Foster, este proceso llevó a una “cristalización cultural” donde el resultado fue la formación de una nueva cultura “híbrida”. Esta “nueva” cultura no sería sujeto de otras variaciones y resistiría la influencia de los donantes (Foster, 1960:227-234). La perspectiva de Foster ha influenciado a arqueólogos históricos que todavía toman en consideración su proceso de “cristalización” (Deagan, 1989:233;1995:450; Ewen, 1991:112).

Una perspectiva diferente, menos pasiva y de largo plazo, es la de Jamieson (2002), que considera al colonialismo español como “una negociación de poder continua y dinámica entre los muchos grupos que conformaban la población colonial española” (Jamieson, 2000:17). La relación entre españoles y nativos era una posición extrema de relaciones de poder. “El trato de las gentes indígenas y sus culturas por las empresas europeas coloniales es un ejemplo extremo en que los nativos son forzados a posiciones subordinadas” (Burmeister, 2000:545). Involucra luchas por el poder que no solamente se generaban en el ámbito estatal, sino en todos los aspectos de la vida colonial (Jamieson, 2000). Esta visión describe una continuidad en las relaciones de poder y rompe el *status quo* de la cultura “híbrida” de Foster, que no incorpora nuevos elementos a la cultura “donante” después de la “cristalización”. Establece una interrelación dinámica entre grupos humanos en un espacio y tiempo determinados, donde el esfuerzo por un grupo dominante se enfoca en mantener una estructura social deseada.

La estructura social en las ciudades coloniales involucró un claro establecimiento de una sociedad jerarquizada con dominación diaria, así como acciones negociadas y renegociadas entre grupos de poder dentro de un marco de significado dinámico y cambiante con el objetivo de legitimación ideológica y aceptación (Hodder, 1986). Cuando estas ciudades estaban compuestas por diferentes grupos étnicos, estos grupos trataban de “legitimizarse” ideológicamente. Los mejores sujetos de estudio para entender las interacciones entre conquistadores y conquistados son las ciudades coloniales donde la arquitectura doméstica jugó un papel importante en estos significados visibles y “escondidos” en la estructura.

Desde una perspectiva estructuralista, la ciudad colonial se convierte en elemento importante debido a que sus políticas en la toma de decisiones son más transparentes que en otras ciudades y los elementos estructurales están claramente definidos. Esto es especialmente cierto en los asentamientos hispanoamericanos durante los primeros años de la colonización ya que tenían fuertes objetivos políticos y sociales, siendo elementos ideales para estudiar las expresiones de dominio. Las políticas de decisión por parte del grupo controlador llegaron a ser fuertes, directas y más transparentes cuando la ciudad y sus instituciones se ven amenazadas por un grupo mayor de una etnia diferente. El despliegue de poder necesita ser fuerte y claro para mantener influencia y control sobre los grupos subordinados.

Los españoles veían la ciudad como una llave del imperio, por lo tanto empezaron a fundar nuevos pueblos y ciudades en una escala inimaginable por europeos desde la disolución del Imperio romano (Early, 1994:39). En menos de cien años la fundación de asentamientos en el Nuevo Mundo se extendió de México a Patagonia con la creación de más de doscientas ciudades (Solano, 1990:39). La mayoría de estas ciudades eran ejemplos vivientes de lugares donde ocurrían relaciones de poder entre los grupos étnicos. El urbanismo colonial y sus construcciones jugaron un papel importante en el teatro donde *status*, poder y dominio se desplegaban en el Nuevo Mundo. La ciudad no solamente fue lugar para demostrar poder y dominio, sino también el lugar donde se impartía instrucción al pueblo y a los grupos subordinados para perpetuar estas relaciones (AlSayyad, 1992:16).

Las repercusiones causadas por el ejercicio del poder a través del mundo material y acciones sociales por la colonización española en el Nuevo Mundo se han perpetuado y han sido heredadas por las siguientes generaciones y algu-

nas instituciones, incluyendo ciudades y gobiernos. Según Lockhart, algunos historiadores y políticos han expresado su preocupación con el “desarrollo” del siglo XX en América Latina porque se ha argumentado que el papel y comportamiento de algunas empresas extranjeras fue anticipado por la primera generación de españoles y portugueses durante el período colonial, y las ciudades hispanoamericanas del siglo dieciséis tenían funciones y estructuras similares a las de ahora (Lockhart, 1999:29). Esto significa que el desarrollo de las ciudades latinoamericanas ha sido influenciado por las prácticas coloniales y algunos aspectos de su desarrollo han sido restringidos por este fenómeno.

En el último siglo ha ocurrido una corriente hacia la descolonización; pero a pesar de esto, la ramificación y pensamientos de prácticas coloniales están tan arraigados que ameritan futuras interpretaciones (Lyons y Papadopoulos, 2002). Esto es especialmente cierto si consideramos que la historia y la arqueología ayudan a formar nuestra identidad. En América Latina, el respeto al pasado debe incluir aceptar y comprender la etapa del colonialismo (AlSayyad, 1992:20; Wright, 1991:311). La posibilidad de resolver nuestros conflictos sociales actuales dependerá de nuestra comprensión de cómo la semilla colonizadora fue plantada y las consecuencias que se han generado a través de la historia.

Etnicidad en la Villa de San Salvador

El primer San Salvador se establece en 1525 pero este proyecto resulta efímero, y probablemente en su mejor tiempo no llegó a ser más que un campamento militar. Poco tiempo después, un levantamiento indígena generalizado hace que sea abandonado en 1526. La segunda fundación ocurre en abril 1 de 1528, y se desarrolla como la primera ciudad hispanoamericana en el territorio. Actualmente este sitio arqueológico se conoce como Ciudad Vieja, ubicado a 8 kilómetros al sur de Suchitoto. Los restos arqueológicos comprenden un área de 45 hectáreas, de las cuales 35 conforman el núcleo que forma el trazo urbano. Después de una corta ocupación de casi 17 años, San Salvador fue abandonado en 1545 y reubicado al lugar donde actualmente está la capital salvadoreña. Este documento trata sobre el San Salvador que existió en Ciudad Vieja.

Si consideramos la arqueología y la historia como ciencias sociales que ayudan a reforzar nuestra identidad, se hace evidente la importancia en estudiar cómo en Ciudad Vieja se cimentó el origen de la identidad salvadoreña. Es

aquí donde por primera vez aparece un centro urbano en el cual los gobernantes hablan el idioma español. Aquí se construye la primera iglesia donde se registra el primer casamiento entre un español y la hija de una nativa, representando el inicio del mestizaje. Es la primera ciudad en el territorio donde se desarrollan relaciones de poder entre diferentes grupos étnicos en un área definida.

La Villa de San Salvador tenía una población multiétnica, y la relación entre los diferentes grupos humanos fue un proceso complejo que amerita más estudio. Para comprender una pequeña parte de las relaciones sociales y de poder durante la existencia de la villa, se mencionan muy brevemente algunos de estos grupos:

Los españoles

Los españoles que arribaron al Nuevo Mundo tenían un sentido fuerte de identificación con su lugar de origen, y esto es relevante si consideramos el origen e historia común como elementos predominantes en la identidad étnica. La historia de la Península Ibérica incluye una amplia variedad de grupos culturales, y durante el siglo quince y dieciséis esta región estaba políticamente dividida, y el fraccionalismo era endémico. Las instituciones de las ciudades eran muy independientes y un localismo fuerte predominaba en áreas formadas por las jurisdicciones de las ciudades (Altman, 1987:22-23). Esto significa que el regionalismo era un factor importante que unía a los españoles en el Nuevo Mundo, así como las relaciones familiares (sanguíneas y de matrimonio) y la amistad (Himmerich y Valencia, 1991:18). El uso del término “tierra” en los documentos escritos por los españoles en América generalmente se refería a un lugar de origen que representaba una ciudad o jurisdicción (Altman, 1987:23).

La mayoría de los ibéricos que llegan a América eran originarios de Extremadura y Andalucía. Entre 1493 y 1519, el 53,8% de todos los españoles registrados que llegan a la Nueva España eran de estas dos regiones. Entre 1520 y 1539 el total de españoles procedentes de Andalucía y Extremadura fue 48,6% (Himmerich y Valencia, 1991:20; Peter Boyd Bowman, 1968). Aunque esta información se basa en las licencias otorgadas para salir de España, representa un estimado confiable del total de inmigrantes. El establecimiento de Ciudad Vieja fue la continuidad de la conquista de México, y ocurrió solamente siete años después de la caída de Tenochtitlan, por lo que es muy

probable que la mayoría de españoles en Ciudad Vieja provinieran de estas dos regiones de la península.

No se conoce el número de la población española en el San Salvador del siglo XVI. Fowler (1998) estima que durante los 17 años de ocupación habitaron entre 50 y 100 vecinos o ciudadanos españoles jefes de familia. Aunque es posible estimar el número promedio de personas por familia, es imposible determinar la población española si consideramos que algunas familias también se componían de mestizos y nativos.

Los nativos

Sin duda el grupo más grande y variado en la villa fueron los indígenas que acompañaron a los españoles como aliados. Cuando Alvarado deja Tenochtitlan en 1523, sus tropas estaban compuestas por cholultecas, xochimilcos, texcocanos y huejotzincas pero en este punto la mayoría eran tlaxcaltecas y mexicas. Posteriormente, durante su viaje de conquista a través de México, se incorporaron zapotecas y mixtecas (Escalante Arce, 2001). Al pasar por Guatemala, un grupo considerable de cakchikeles se unieron al ejército de Alvarado. La población en la ciudad se diversificó aún más con la inclusión del grupo local: los pipiles, quienes sin duda jugaron un papel importante en el ambiente urbano. Comprender las relaciones de poder entre estos habitantes se vuelve sumamente difícil si consideramos que muchos tenían orígenes y evoluciones históricas diferentes, a pesar de ser todos nativos mesoamericanos.

Otros grupos étnicos

Los negros africanos también estaban presentes en San Salvador. Durante la ocupación de la ciudad, cuadrillas compuestas de nativos y esclavos negros viajaban de San Salvador hasta Honduras para explotar las minas de oro (Chamberlain, 1956).

El mestizaje se ilustra en la Villa de San Salvador con el primer matrimonio registrado en el territorio. Entre 1539 y 1540 se casan Francisco Castellón y Catalina Gutiérrez, una adolescente mestiza cuyos padres eran Diego de Usagre y una mujer mixteca (Lardé y Larín, 1983:173-174; Probanzas de Diego de Usagre y Francisca Castellón, 1968).

Un grupo dominante con historia y origen común habría creado un sentido de identidad más fuerte en la ciudad, y la homogeneidad étnica habría fortalecido los lazos entre españoles. Esto habría sido evidente si consideramos las circunstancias políticas y sociales que generaron competencia y presión para reforzar identidad. En el caso específico la Villa de San Salvador, algunas de estas circunstancias fueron:

1. Un entorno político y social hostil en el territorio donde fue establecido San Salvador

El entorno hostil fue en gran parte el resultado de la respuesta grupal más frecuente cuando un grupo pretende controlar a otro: levantamiento militar (Dyson 2002) como resistencia a la autoridad colonial. Como Barth (1969a) y Lema (1993) sugieren, la diferenciación étnica generalmente es el resultado de conflicto social entre grupos con diferentes orígenes, y esto hace de la primera Villa de San Salvador un sujeto fértil para estudiar el surgimiento o refuerzo de identidades étnicas.

La fundación de las ciudades españolas en el Nuevo Mundo siempre tenía el objetivo de controlar el territorio alrededor de esta (Domínguez Compañy, 1984:8). El establecimiento de la primera Villa de San Salvador fue una realidad debido a que los conquistadores necesitaban “pacificar” la tierra después de repetidos fracasos que generaron inseguridad y falta de control entre los europeos. Algunos de estos fracasos fueron la primera “entrada” de Pedro de Alvarado en 1524, cuando fue forzado a retirarse y no fue posible establecer un asentamiento. Un año después, otra incursión española probablemente comandada por Gonzalo de Alvarado (hermano de Pedro) salió de Santiago de Guatemala y fundó el primer San Salvador en 1525. Este asentamiento fue abandonado un año después debido a un levantamiento indígena generalizado. Para 1526 el entorno era muy hostil y ocurrían constantes insurrecciones en los territorios que ahora comprenden Guatemala, El Salvador y Honduras.

Ciudad Vieja fue fundada por un contingente español que sale de Guatemala en 1527 y que debió atravesar un territorio hostil controlado por nativos. Durante los primeros años de la Conquista, este asentamiento se convierte en un puesto fronterizo bajo constante amenaza. Fowler y Earnest (1985) han sugerido que una de las razones en escoger el valle de La Bermuda es su ubicación estratégica entre las poblaciones nativas. Los nahuas habitaban hacia el oeste

y el sur, los lencas al este y los grupos chorti al norte. En esa época el valle de La Bermuda parece haber sido una “tierra de nadie”, y podría ser que uno de los objetivos de establecerse allí fue evitar alterar el orden social entre los diferentes grupos indígenas.

Poco tiempo después de haber sido fundada, la Villa de San Salvador se ve amenazada por otro levantamiento nativo. Según los relatos de Bartolomé Bermúdez y Francisco de León (Barón Castro, 1996), un español y varios nativos aliados fueron muertos mientras visitaban uno de los pueblos cercanos a San Salvador. Esta es una de las pocas ocasiones en que un documento menciona la muerte de un español en el territorio de Cuscatlán. Es difícil determinar los efectos que este acontecimiento generó en los habitantes de San Salvador; pero sin duda aumentó la inseguridad y alarma. Este evento culmina aproximadamente un mes después con la toma del peñón de Cinacantan ubicado al sur del actual poblado de Tamanique¹ (Gallardo, 2005).

Entre 1537 y 1539, cuando la villa de San Salvador ya estaba bien establecida, ocurre otro levantamiento indígena masivo que pone a la ciudad en la balanza. El cacique Lempira establece un campamento en el Peñón de Cerquín, a solamente 80 km al norte de San Salvador. Según Chamberlain (1953), los españoles creían que a Lempira se le habían unido 200 pueblos y que su ejército se componía de 30.000 guerreros. La campaña contra Lempira urgentemente solicita ayuda a San Salvador, quienes enviaron “...municiones de todo tipo, pólvora, arcabuces y balas para estos, ballestas, espadas, lanzas, escudos, armaduras y barras de hierro para elaborar puntas de flechas para ballestas. También proveyeron con ganado. Un capitán con 100 nativos auxiliares, junto con mil indios cargadores también fueron puestos a disposición” (Chamberlain, 1956:87).

El inexpugnable Peñón de Cerquín generó confianza entre los nativos al este de El Salvador y en los alrededores de San Salvador. Se inició un levantamiento muy organizado, y muchos españoles fueron muertos en las cercanías de San Miguel, que había sido fundado en 1530 y al este del río Lempa (Chamberlain, 1953:84). Varias operaciones militares fueron necesarias para detener esta amenaza, la mayoría planificadas y organizadas en San Salvador.

¹ El lugar donde se llevó a cabo este levantamiento indígena fue identificado por Fowler, Hamilton y Gallardo en el año 1999 durante el Proyecto Ciudad Vieja. Actualmente este sitio está registrado en el Departamento de Arqueología como “Pueblo Viejo”. El peñón donde ocurrió la batalla aparece en los mapas actuales como Cerro Redondo.

2. Dificultad en obtener bienes importados de España

Otro factor que pudo generar la necesidad de fortalecer la identidad española en San Salvador fue la falta de accesibilidad a bienes importados, especialmente la cerámica (Gallardo, 2004). Cuando los españoles llegan a lo que ahora es el occidente de El Salvador, necesitaban establecer un asentamiento en un lugar estratégico con características defensivas. El valle de La Bermuda tenía estas características, pero estaba lejos de otros asentamientos españoles.

El entorno hostil durante la ocupación de Ciudad Vieja, especialmente durante los primeros 12 años, habría hecho muy difícil expediciones que transportaran bienes comerciales. Los cargamentos pesados y frágiles como cerámica, contenedores grandes y barriles requerían transporte en carretas. No se sabe cuándo aparece la primera calle para carretas en lo que ahora es El Salvador; pero, como ejemplo, la primera calle de carretas entre la ciudad de México y Veracruz aparece entre 1530 y 1531 (Early, 1994:46). Se supondría que este medio de transporte se generalizara en el territorio de Cuscatlán tiempo después.

Deagan (1983) y Ewen (1991) han argumentado que los españoles que llegaron al Nuevo Mundo trataban de vivir con la mayor cantidad de bienes importados posibles, para imitar el estilo de vida de la península (Verhagen, 1997). La falta de acceso a bienes del Viejo Mundo es evidente con base en el análisis cerámico en Ciudad Vieja.

Deagan (1983) afirma que el dominio de la cerámica en la cultura material es una tradición predominante en los sitios hispanos del Nuevo Mundo (Deagan, 1983:232). La cerámica elaborada localmente y sin vidriado generalmente compone la mayoría de cerámica en los poblados españoles coloniales. Ha sido aceptado que las áreas socialmente visibles de las casas, como la cerámica en las mesas de comer, habrían significado el mantenimiento de valores “conservadores” españoles a través de la cultura material (Jamieson, 2000:175). Por lo tanto, el conjunto de cerámica importada en la arquitectura doméstica debería provenir de la península.

Entre el 97 y 99% de la cerámica recuperada en Ciudad Vieja fue elaborada localmente (Jeb Card, comunicación personal, 2003). Esto contrasta drásticamente con los porcentajes de cerámica encontrados en otros asentamientos.

tos hispanoamericanos de la misma época y confirma el difícil acceso a este bien.

Conclusión

El proceso de aculturación entre nativos, españoles y otros grupos étnicos durante la colonización del Nuevo Mundo ha sido y es un importante tema de estudio para comprender nuestra identidad como salvadoreños. La mayoría de investigadores están de acuerdo que fue un proceso bilateral enfocado en las influencias culturales que cada uno de estos grupos “recibió” o “entregó” el uno al otro y el complejo proceso involucrado en la exposición, asimilación, o rechazo de estas influencias. Foster (1960) delineó la teoría de una cultura “cristalizada” resistente al cambio como resultado de la aculturación entre europeos y nativos en América. Esto podría compararse al mestizaje como resultado del contacto entre españoles y nativos, fortaleciendo la posición de muchos investigadores que consideran a aquel grupo étnico como predominante en nuestro país desde la Colonia. Enfoques más recientes sugieren un proceso más dinámico y continuo que involucra relaciones de poder características del fenómeno colonizador y el uso de simbolismo étnico para demostrar estas relaciones.

Las definiciones de identidad étnica presentadas aquí enfatizan el origen y procedencia (McGuire, 1982:160), así como una historia común del grupo (Schortman, 1989:54; Barth, 1969:10; Cohen, 1978:383, 386-387; Royce 1982:18, 25; Shibutani y Kwan, 1965:40-41, 43-44; Vincent, 1974:376). Aunque Ciudad Vieja era una ciudad multiétnica, los grupos predominantes eran los españoles y los nativos americanos, existiendo características definidas en cada uno de estos grupos. Estos rasgos culturales estaban presentes en un proceso de aculturación constante y cambiante en el cual las relaciones de poder también eran parte de este proceso.

Se ha sugerido que la disparidad de poder es más efectiva que el etnocentrismo y la competencia para determinar cambios en las fronteras étnicas (McGuire, 1982:159). Esto era evidente en las ciudades coloniales españolas del Nuevo Mundo. En la primera Villa de San Salvador la disparidad de poder, así como el etnocentrismo, estaban presentes en el urbanismo colonial y eran elementos que formaban parte de la estructura para mantener dominio, y generaba conflicto entre los grupos poblacionales. Diferentes circunstancias generan la necesidad de mantener y reforzar características culturales en cada uno de estos grupos. El entorno hostil donde fue fundada la villa y la falta de acceso a

bienes importados son solamente dos de estas circunstancias que se incluyen en este documento. También son una pequeña muestra, confirmando que la primera Villa de San Salvador es un lugar ideal para estudiar las relaciones de poder, fronteras étnicas y simbolismo a través de la cultura material.

Estas relaciones de poder continúan hoy en día, y algunas de ellas existen como herencia del colonialismo. Estos procesos históricos han generado conflictos sociales que influyen en diferente grado en la formación de nuestra identidad como salvadoreños. El conflicto surgido por disparidad económica, relaciones de poder, etnocentrismo y el establecimiento de fronteras étnicas muchas veces ha limitado el desarrollo de las sociedades y ha sido un elemento fundamental en el deterioro de la calidad de vida en la mayoría de salvadoreños. El respeto al pasado debe incluir la comprensión y aceptación de la etapa del colonialismo. La arqueología y la antropología deben ser instrumentos para aprender del pasado e influir en el presente.

Referentes bibliográficos

- AlSaiyad, Nizar. *Forms of Dominance and the Architecture and Urbanism of the Colonial Enterprise*. Avebury. 1992.
- Altman, Ida. Spanish Hidalgos and America: The Ovandos of Cáceres. *In The Americas* 43,3. 323-344. 1987.
- Barón Castro, Rodolfo. *Reseña Histórica de la Villa de San Salvador*. Dirección de Publicaciones e Impresos. Concultura, San Salvador, El Salvador. 1996.
- Barth, Fredrick. *Ethnic Groups and Boundaries*. Little Brown, Boston. 1969.
- Boyd-Bowman, Peter. *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el Siglo XVI*. Vol. 2. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. Editorial Jus, 1968.
- Burmeister, Stefan. Migration and Material Culture. *En Current Anthropology*. Vol. 41, No.4. pp. 541-567. 2000.
- Chamberlain, Robert. *The Conquest and Colonization of Honduras*. 1500-1550. Carnegie Institution of Washington. Washington D.C., 1956.
- Deagan, Kathleen. *Spanish St. Augustine*. Editado por Stanley South. Academic Press. 1983.
- Dominguez Compañy, Francisco. *Política de Poblamiento de España en América: la fundación de Ciudades*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid. 1984.
- Early, James. *The Colonial Architecture of Mexico*. University of New Mexico Press. 1994.
- Ewen, Charles. *From Spaniard to Creole: The Archaeology of Hispanic American Cultural Formation at Puerto Real, Haiti*. Tuscaloosa: University of Alabama Press. 1991.
- Foster, George M. *Culture and Conquest: Americas Spanish Heritage*. Viking Fund Publications in Anthropology and Archaeology, No. 27. New York: Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. 1960.
- Fowler, William R. *Proyecto Arqueológico Ciudad Vieja. Temporada 1998*. Documento inédito depositado en el Departamento de Arqueología. San Salvador, El Salvador. 1998.
- Fowler, William R. y Howard Earnest. *Settlement Patterns and Prehistory of the Paraíso Basin of El Salvador*. *En Journal of Field Archaeology*. 12:19-32. 1985.
- Gallardo, Roberto. *El Peñón de Cinacantan. Primer Levantamiento Indígena en El Salvador*.

Ponencia presentada en el Primer Congreso Centroamericano de Arqueología. Museo Nacional de Antropología "Dr. David J. Guzmán". 2005. También; Spanish Identity at a Sixteenth Century Colonial House: *Structure 6 F1 At Ciudad Vieja, El Salvador*. Tesis para obtener el grado de Maestría en Arqueología de la Universidad de Colorado, Boulder. 2004.

Heidegger, Martin. *Identity and Difference*. Harper and Row Publishers. 1969.

Himmerich y Valencia, Robert. *The Encomenderos of New Spain, 1521-1555*. University of Texas Press, Austin. 1991.

Hodder, Ian. *Symbols in Action*. Cambridge University Press. 1982.

Lardé y Larín, Jorge. *El Salvador: Descubrimiento, Conquista y Colonización*. Academia Salvadoreña de la Historia, San Salvador. 1983.

Lema, Antoine. *Africa divided: the creation of ethnic groups*. Lund University Press. 1993.

Lyons, Claire L., y John K. Papadopoulos. *The Archaeology of Colonialism*. Programa de Publicaciones del Instituto Getty. Publicado por el Instituto de Investigaciones Getty. 2002.

McGuire, Randall. The Study of Ethnicity in Historical Archaeology. En *Anthropological Archaeology*. 1, 159-178. 1981.

Rapoport, Amos. Sociocultural Aspects of Man-Environment Studies. En *The Mutual Interaction of People and their Built Environment: A Cross Cultural Perspective*. Editado por A. Rapoport. Pp 7-35. Mouton. The Hague. 1976.

Schortman, Edward M. Interregional Interaction in Prehistory: The Need for a New Perspective. En *American Antiquity*, 54(1), 1989, pp.52-65. 1989.

Verhagen, Ines L. Caluco, *El Salvador: The Archaeology of a Colonial Indian Town in Comparative Perspective*. Tesis para el grado de Doctora en Filosofía. Departamento de Antropología, Universidad de Vanderbilt Nashville, Tennessee. 1998.



